

No hubo menester mas...

El entusiasmo subió de punto.

Y tan alto como el entusiasmo frisaba la ira popular.

Los opresores desafiaban al pueblo.

El pueblo no podía dejar de aceptar tan insolente reto.

Entre Córdoba y los madrileños, hay un lago de sangre;

Madrid aborrecia á Córdoba como á Sartorius y á Narvaez.

¡A las armas! era el grito general.

Ya están en abierta lucha **EL PUEBLO Y SUS OPRESORES.**



CAPITULO XXXIII.

VENGANZA POPULAR.

Así que el pueblo había llegado á convencerse de que se le engañaba, puesto que aun, desde el régio alcázar, donde se habían cobardemente refugiado los criminales que habían saqueado al país, la *influencia secreta* y sus cómplices avasallaban al trono, y se trataba solo de apaciguar los ánimos con un mero cambio de personas; pero no de sistema... así que el advenimiento del verdugo de Manuel Gil demostró claramente á los madrileños la suerte que les esperaba si por desgracia llegaba la *camarilla* á reconquistar su poder..... así que no quedó ya duda alguna de que una nueva traición amagaba renovar, acaso con mas furia, las iniquidades que se cometieron en 1848 contra el honrado vecindario de Madrid, tomó el pueblo un aspecto soberano, un aspecto verdaderamente amenazador.

¡Infames opresores! ¿Cómo podiais presumir que se había de contentar, con aquella alegría inmensa que resonaba por todos los

ángulos de la metrópoli al saberse la caída del gabinete Sartorius?

El pueblo reclamaba un acto de justicia; exigía una espriación que dejase plenamente satisfecha la vindicta pública, un escarmiento que sirviera de lección á los ladrones palaciegos, y sobre todo, quería el pueblo que se realizara el programa de Manzanares, que la moralidad sirviese de base á la regeneración política, y la fuerza ciudadana armada, de inexpugnable baluarte de la libertad española.

Esto quería el pueblo; pero vosotros, bandidos condecorados, ministros prevaricadores, magnates que debíais vuestra opulencia al hurto, al asesinato y á la prostitución, pretendíais que el saqueo siguiese empobreciendo al país y enalteciendo vuestras fortunas.

¡Miserables! hé aquí porqué á los vítores de júbilo sucedieron en breve los tremendos clamores del ánsia de justicia.

Y vosotros, conculcadores de todos los principios de la sana moral, vosotros tan valientes en vuestra prosperidad, vosotros que con tanta avilantez arrojasteis el guante al pueblo, ¿por qué no os presentabais á contener personalmente sus iras?

El peso de vuestros crímenes os abrumaba, y envueltos en las densas nieblas de una cobardía villana, os cobijásteis en el régio alcázar para que el trono os sirviera de parapeto, y poder á su sombra hacer los últimos esfuerzos que el delirio de vuestra agonía os inspiraba.

Queríais, sin duda, que rodara el trono en pos de vuestra caída como si vuestra perversidad hallara el último consuelo en ver que solo con el hundimiento de la monarquía podía hundirse vuestro criminal predominio.

E iracundos y amilanados á la par, dejásteis que se deslizáran luengas horas para que la efervescencia popular llegara al desen-

freno; desenfreno que creasteis con vuestra vergonzosa ocultación; desenfreno que fomentasteis con vuestro silencio; desenfreno que lograsteis hacer llegar á su colmo, con la perseverancia de vuestra reaccionaria conducta.

Y cuando supisteis que todo Madrid se había lanzado á la liza; cuando supisteis que todas las calles y plazas estaban pobladas de un gentío inmenso, aun os atrevísteis desde la régia huronera que ocultaba vuestro miedo, á dar órdenes de sangre y fuego, contra todo un vecindario!!!

¿Cuál podía ser á la sazón vuestro objeto, sabiendo que defendíais una causa desesperada?

¿Podíais imaginaros aun posible vuestro triunfo?

De ningún modo.

Estabais enterados de que el glorioso alzamiento se había hecho nacional.

¿Qué esperabais pues, de vuestra tenacidad?

No podía ser mas que el consuelo que encuentran los malvados en la agena desgracia cuando ellos no se consideran felices.

Y solo este feroz instinto de beduinos había de alentaros á provocar una lucha fratricida, que no podía menos de dar el resultado que ofreció, después de haber sacrificado mil víctimas á vuestra impotente rabia.

Los vivos, cada vez mas nutridos, de la muchedumbre que ocupaba la Puerta del Sol, alternaban con ardientes mueras á los ladrones, que con este epíteto designaba el pueblo á los prohombres de la situación derrocada.

Los mas de los clamores de venganza revelaban que la esposa de Muñoz y Sartorius eran los principales blancos á que asestaba sus tiros el rencor de la multitud.

Guarnecian la Casa de Correos una fuerza imponente de Granaderos de la Corona y de Guardia Civil, y como unos y otros se habian batido contra los pronunciados, los primeros en Zaragoza cuando sucumbió el malogrado brigadier Hore y los segundos en las llanuras de Vicálvaro, recelaban que el pueblo saciara en ellos su sed de venganza; pero generosos los sublevados esforzaronse por disipar tales temores prometiéndole á los soldados todas las seguridades posibles.

Viendo que permanecian las puertas cerradas, hacinaron los mas atrevidos de la muchedumbre, tablas y maderos junto á la puerta principal, y aplicándoles hachas encendidas, prendió el fuego y creció rápidamente hasta que tomó las formas de espantosa hoguera, cuyos rojizos resplandores, de continuo alimentados por toda especie de combustibles, daban cierto aspecto fantástico, no solo al edificio, en cuyos balcones y rejas permanecian los soldados inmóviles como estatuas, sin hacer uso de sus fusiles, contemplando las inmensas llamas que amenazaban devorarlo todo, sino á todos sus alrededores.

Sin embargo la puerta no se abria, y los valientes que sin hostilizar al pueblo respetaban las prescripciones de la disciplina, seguian impávidos en sus puestos. Su imperturbable calma formaba singular contraste con la diabólica ebullicion de los paisanos, no menos valientes que aquellos militares, puesto que careciendo absolutamente de armas se arrojaron á la temeraria empresa de invadir aquel recinto, sin saber de qué modo les recibiria la fuerza que le custodiaba, siendo lo mas probable que se valiera de sus armas para rechazar la invasion.

Afortunadamente no sucedió así, porque á pesar de la ordenanza militar que prohibia á los soldados tomar parte en la in-

surreccion, simpatizaban sin duda con los paisanos. Por fin se abrió la puerta cuando las llamas comenzaron á devorarla, y la multitud inerme inundó el edificio con la impetuosidad del torrente que vence los diques y lo invade todo.

Los paisanos aparecieron en los balcones y mezclándose con la tropa, iluminaron la fachada, que hasta entonces no habia recibido mas luz que la de la espantosa hoguera, con suntuosos candelabros del departamento del ministro de la Gobernacion que tenia allí su despacho.

Recogió allí el pueblo cuantas armas pudo, y ciertamente fueron escasas para la encarnizada lucha que estaba próxima á empeñarse.

Uno de los paisanos, que habia pertenecido á una de las bandadas de la Milicia nacional, logró apoderarse de una corneta, y de propia inspiracion, al parecer, tocó generala. Sonó á poco rato un tiro, y los paisanos que habian salido armados de la Casa de correos, se dividieron en grupos, habiéndose retirado precipitadamente los que aumentaban la muchedumbre sin mas objeto que el de curiosear.

Pero no fueron únicamente los armados quienes se aprestaron á la lucha; la mayor parte estaban inermes, y no quisieron abandonar el campo, en la confianza de que hallarian en alguna parte cualquier instrumento á propósito para hostilizar á los que intentarían oponerse á la voluntad del pueblo.

Partieron los grupos en distintas direcciones, alentados por su propia gritería, y por los patrióticos ecos de las músicas; pero aquella gritería era ya amenazadora, no era un destello de pacífico alborozo, eran los aullidos de la fiera que ansía cebarse en sus víctimas.

El grupo mas formidable se dirigió á las oficinas del Gobierno civil, y consiguió apoderarse de las armas que allí habia depositadas.

De momento en momento se hacia mas imponente el aspecto de las desenfrenadas masas populares.

Las suntuosas moradas de los prohombres de la situacion vencida, fueron atacadas é invadidas casi á un mismo tiempo por diferentes grupos, y todo el lujoso ajuar que las ornaba con régio oropel, fué devorado por las llamas.

Las magnificas sillerias, los costosos espejos, los relojes, jarrones, cómodas, mesas y otros elegantes muebles de un primor admirable, caian de los balcones, y el estrépito que producía su choque contra el suelo, escitaba los aplausos y la gritería del pueblo, que en su ciega cólera no respetaba las preciosidades artisticas. Aquellas molduras admirables, aquellos cortinages riquisimos, aquellas galas deslumbradoras, recordaban al pueblo que no solo era todo obra de hábiles artesanos, sino que se habian adquirido con el oro robado á las masas trabajadoras.

Al siniestro resplandor de las terribles hogueras, veia el pueblo que toda aquella magnificencia que las llamas convertian en ceniza, habian absorbido millones... y como pruebas evidentes de las depredaciones ministeriales, acrecentaban su ira, y se notaba cierta alegría, al parecer salvaje, en aquellos rostros animados por el hervor de la venganza, y á los cuales el rojizo resplandor del incendio daba una espresion infernal.

Cada preciosidad que se derrumbaba de los balcones, era un recuerdo provocador, era un insoportable insulto á la miseria de las clases proletarias, era una escitacion á la venganza, era un estímulo de cólera.

Pero esta cólera era justa como la cólera de la Divinidad, y así lo declara tambien un escritor contemporáneo en estas elocuentes palabras:

«Cuando el Eterno desencadena en el mar los vientos de las tempestades para sumergir la nave del negrero, ó del pirata cargada de inmensos tesoros, cuando rompe las cataratas del cielo para producir un cataclismo, cuando descarga sobre Gomorra y Sodomá nubes preñadas de fuego, no esceptúa de sus iras ninguna riqueza, ningun objeto de arte, ninguna magnificencia aunque sea monumental, y tal vez el mismo pueblo es tambien en manos de Dios, en circunstancias dadas, una especie de diluvio con que castiga la corrupcion y abate la vanidad humana. ¡Oh! sí, las revoluciones justas, lo mismo que la saña que derribó la torre de Nemrod, vienen del cielo.»

Y que la indignacion del heróico pueblo de Madrid era santa, que era hija de la misma virtud, lo prueban no solo los horribles desafueros que la provocaron, sino la pundonorosa conducta que hasta en los actos de mayor desenfreno mostraron siempre todas las categorías del valiente vecindario.

¡Cuánta virtud entre los harapos de muchos de aquellos héroes que pertenecian á la clase indigente!

¡Qué contraste entre su honrada conducta y la de los magnates maldecidos!

Estos eran lanzados de sus palacios como ladrones del pueblo, y los mas indigentes hijos de este pueblo magnánimo, en medio de sus inauditas privaciones, tal vez acosados por el hambre, tuvieron en sus manos preciosas joyas cuyo valor podia hacer la felicidad de toda su vida; pero aunque pobres, no eran ladrones... no querian salir de su miseria por el hurto..... y las ricas galas

que pasaban por sus manos, estaban impregnadas del hálito de los escándalos y de los crímenes... no podían pertenecer ya á ningun hombre de honor..... debian ser propiedad esclusiva de las llamas, y á las llamas las arrojaron, y solo las llamas hicieron presa de ellas hasta convertirlas en ceniza.

¡Qué leccion para los criminales de la aristocrácia!

El espectáculo mas imponente de aquella memorable noche, era el de la plazuela de los ministerios, como que allí tenia su entrada principal EL PALACIO DE LOS CRÍMENES, la suntuosa mansion de los duques de Riánsares, estendiéndose por toda la longitud de la calle de las Rejas.

Aquel edificio, imitacion chavacana de algunos que campean en la soberbia Albion, tiene un vestibulo grotesco adornado con profusion de cristales de colores á guisa de traje de arlequin, con escalinatas laterales y una grandiosa verja que ofrece tres entradas, siendo el pórtico del centro mayor que los de los lados.

Estaba abierto cuando llegó la multitud; pero habia una guardia respetable, y su actitud de defensa contuvo á los amotinados á pesar de sus deseos de penetrar en el interior del edificio.

Un grito atronador de ¡muera Cristina! resonaba incesantemente; pero la esposa de Muñoz se habia refugiado ya en el régio alcázar.

Al lado de la reina creíase en completa seguridad, porque la mayor parte de las tropas de la guarnicion habíanse concentrado en sus alrededores, é infinidad de piezas de artillería habíanse convertido en inexpugnable fortaleza.

La vista sola del palacio de la duquesa de Riánsares, de aquel recinto funesto donde segun la voz universal, segun el espíritu y letra de todas las alocuciones de las Juntas salvadoras, segun los

discursos pronunciados en el Senado, segun las proclamas de los que inauguraron el glorioso pronunciamiento para derribar la inmoralidad, se fraguaban todos los crímenes que asolaban á la nacion española, la vista sola, repetimos, de aquel palacio funesto, acrecentaba la indignacion popular.

Los generales don Leopoldo O'Donnell, don Domingo Dulce, don Antonio Ros de Olano, don Felix Maria de Messina, en su primer manifiesto á los españoles, dijeron entre otras cosas:

«Un destino aciago trajo á la esfera del poder la ponzoña mortífera del agiotaje y de la inmoralidad administrativa.

Para dar alimento al lucro no bastó la Hacienda en ruinosas operaciones devorada; no los intereses actuales, una y otra vez sacrificados; hubo que echar mano de la Hacienda, de los intereses futuros.

Y así vinieron los arreglos inconsiderados de la deuda; así las compensaciones; así la grande, la inaudita inmoralidad de los ferro-carriles.

Para acallar la justísima reprobacion de la imprenta, un decreto ministerial restableció la prévia censura, suprimiendo la libertad de escribir, que concede á los españoles el artículo segundo de la Constitucion del Estado.

Para que las Córtes no pudiesen defender la fortuna pública se interrumpieron sus funciones esenciales y augustas, haciéndose sin su participacion compras y concesiones injustas, onerosas, absurdas de ferro-carriles; cobrándose los impuestos sin ser votados por ellas; legislándose por decretos sobre materias de hacienda, de administracion y de política; reasumiendo en suma el poder ejecutivo, cuantos derechos y deberes señala al legislativo la misma Constitucion del Estado.

Y exasperados todavía los concusionarios con las dificultades que ofrecían á sus propósitos las instituciones y garantías de la libertad política, imaginaron despojar de ellas á la nación que tanto había hecho por conquistarlas, al trono cuyo cimiento eran y son, cuyo único amparo habían sido en las tormentas de una larga minoría y de una guerra de sucesión encarnizada.

De esta suerte, españoles, visteis surgir de nuevo la sombra del despotismo (que grande, tradicional, histórica, habíais ahuyentado años antes) primero hipócrita y rastrera en la discusión célebre de la inviolabilidad, después siniestra y vergonzosa en la amenaza del golpe de Estado.»

Y si todos estos crímenes, aunque perpetrados por los ministros, sabía el pueblo que tenían su origen en el palacio de Cristina, ¿cómo era posible contener en aquellos momentos solemnes, el ímpetu de una venganza provocada por una lengua serie de iniquidades?

A los gritos de ¡muera Cristina! sucedió una lluvia de piedras que rompía los cristales del vestíbulo y de los balcones, produciendo un estrépito indefinible que avivaba el entusiasmo de la inmensa muchedumbre, y aplaudía con frenético júbilo el destrozo de una magnificencia creada con el oro robado á la nación.

Esto no era ya suficiente para satisfacer la general ansiedad; era preciso penetrar en el palacio...

Los hombres eran valientes, pero ¿cómo luchar sin armas, porque no las tenía aun aquel grupo, contra las tropas que se presentaban á la defensa?

Los hombres, pues, vacilaron; pero de repente avanzó un crecido número de mujeres hácia el pórtico, é invadiendo el interior del edificio, reanimaron á los indecisos, y en breve se vieron todos

los balcones coronados de paisanos, y el incendio, que empezó por las colgaduras de los magníficos salones, iba tomando proporciones tan colosales, que amagaba devorar el edificio entero.

La guardia se retiró á las oficinas del ministerio de Marina, y formó en batalla casi enfrente del palacio.

La venganza popular tomaba formas cada vez mas tremendas.

Las voraces llamas salían ya entre negros penachos de humo que se perdían en el cielo, por varios puntos del edificio, enrojeciendo todo el ámbito, como si los elegantes salones donde tanta alegría reinaba mientras gemía el pueblo, se hubieran convertido en las pavorosas fraguas de Vulcano, y hasta las figuras que se cruzaban azoradas, bañadas por el siniestro resplandor, tenían el feroz aspecto de los cíclopes, cuyos rostros feroces se retrataban en las hermosas lunas venecianas donde la coquetería aristocrática se había holgado tantas veces en la contemplación de su belleza.

Ya no cabía en la plaza el inmenso gentío que se había aglomerado para presenciar tan imponente escena.

La mayor parte de los espectadores eran curiosos de todas las clases de la sociedad, no siendo escaso el número de señoras que contemplaban aquel espectáculo, digno verdaderamente de ser visto; y aunque todos aplaudían el acto de venganza, había millares de personas que no tomaban en él parte activa.

En otras circunstancias, el incendio de tantas preciosidades hubiera escitado general sentimiento de lástima; pero la emoción que predominaba en todos los corazones, era muy distinta, y no parecía sino que era unánime, universal el deseo de que desapareciese de Madrid un monumento erigido á la inmoralidad, que tantas antipatías despertaba, que tantos ódios enardecía, que recordaba tantas depredaciones, y que en la pila bautismal de aquel glorioso al-

zamiento acababa de recibir el nombre de PALACIO DE LOS CRÍMENES.

Esto explica perfectamente que todo un público civilizado se gozara en contemplar aquel espectáculo devastador, y cuando mas general era la alegría, porque se fundaba en la esperanza de que los conculcadores de las leyes espiasen sus desafueros, y renaciese una era de justicia y de prosperidad, cuando esta alegría destellaba de todos los semblantes, oyóse de repente la voz de un asesino que gritó iracundo ¡FUEGO! y una terrible descarga contra la indefensa multitud, una descarga de la que ni una bala sola podia desperdiciarse, vino á regar el suelo de sangre inocente, de sangre española vertida por españoles!!!

Los ayes de los heridos y moribundos se confundieron momentáneamente con los gritos de horror, de ira y de venganza que hizo exhalar aquel ataque alevoso, aquel ataque traidor, que no podia tener ya mas objeto que ofrecer á la aborrecida italiana sangre española, como el cordial único apropósito para mitigar el dolor que habia de causarle la humillacion que estaba sufriendo su orgullo.

Aquella negra traicion fué la verdadera señal del combate.

Aprestóse el pueblo de Madrid á la sangrienta lucha.

Las proezas que hizo en ella, relatadas con todos sus detalles ocuparian largos tomos; nos contentaremos con presentar en los próximos capítulos el extracto de los sucesos mas notables, para que sepa el mundo que los hijos de los héroes del 2 de mayo de 1808, heredaron de sus padres, con su amor á la libertad é independencia de la patria, aquel denuedo indomable que germina en los corazones de los dignos descendientes de Velarde y Daoiz.

